

# UN CONSEJO PARA LOS CENTROS QUE PREPARAN PROFESORES DE INGLÉS

Uno de los ejercicios que con más provecho podrían realizar los planteles de enseñanza, incluso la Universidad, que se dedican a preparar profesores de idiomas, especialmente de inglés, en los años finales, por ejemplo, sería analizar los despachos cablegráficos y colaboraciones que envían a nuestros periódicos los servicios de prensa norteamericanos. Suponemos, desde luego, que los que ocupan esas cátedras tienen la capacidad necesaria para distinguir las voces, expresiones y formas de construcción características del inglés y del español. Esos textos proporcionan admirable material docente, no porque sean modelos de bien decir, sino porque permiten advertir los errores de traducción que deben evitarse. Eso da oportunidad a un estudiante adivinar sin mucha dificultad qué palabra o expresión contiene el texto. Terminar si se ha verificado bien al español. La enseñanza que se basa en lo que no debe hacerse —lo que en inglés se man "DON'T'S"— no es en general recomendable, debiéndose dar preferencia a lo afirmativo o positivo, en vez de insistirse en las prohibiciones, en el aspecto negativo, en los errores. El tiempo que se pierde en dar consejos de lo que debe evitarse puede utilizarse con mejores resultados en fortalecer los hábitos de corrección en el lenguaje. Y siendo ello así, ¿por qué recomendamos los ejercicios de que hablamos al principio? La defensa que tiene este consejo es la de que esa práctica, si se hace inteligentemente, es muy estimulante y con ella no sólo se adelanta en el conocimiento del inglés y de los recursos de expresión de este idioma, sino que al señalar las diferencias que existen entre las dos lenguas se afirma más el conocimiento de nuestra propia lengua y se evitan los escollos de la traducción servil, inapropiada o inexacta. Si esa práctica se hubiera adoptado en nuestros centros de enseñanza superior habríamos podido contrarrestar eficazmente la avalancha de vocablos y giros anglicados de que está plagada la lengua nacional.

Tomemos uno de los artículos que nos vienen, traducidos al español, de los Estados Unidos. Debemos advertir que esas colaboraciones proceden de cronistas y escritores que saben expresarse en excelente inglés, que piensan con claridad y escriben con claridad. Pero después de traducidos sus artículos por las agencias noticiosas de Nueva York u otro centro, no sólo se empujeña a sus autores al verterse sus escritos en forma incorrecta y descuidada, sino que se les hace parecer ingenuos, para no decir tontos. Los pobres no tienen la culpa de los desaguisados de los malos traductores. El artículo que hemos escogido es de uno de los mejores escritores norteamericanos, nada menos que profesor en uno de los mejores planteles de enseñanza superior, "The New School". Nos referimos a Max Lerner. Dice la traducción del artículo de Lerner, después de explicar que hay dos Estados Unidos, cuyas características da a conocer: "Uno encuentra los primeros Estados Unidos en Nueva York, Berkeley, Cambridge y otros campos universitarios, y, crecientemente, en Washington". ¿Qué se quiere decir con campos universitarios? ¿Dominios universitarios? La frase no tiene sentido. ¿Cómo puede un escritor tan atildado como Lerner decir esos dislates? En inglés no lo son. Lo que pasa es que la palabra que seguramente empleó Lerner es "campuses" — plural de

"campus", que el traductor trasladó (no es anglicismo, por *traslated*) por el vocablo *campus*, que no tiene pies ni cabeza. *Campus* en inglés, tomado del latín antiguo, se aplica a los terrenos, patios o praderas que rodean a los principales edificios, pabellones, parainfos, etc., de las universidades y colegios.

Metafóricamente designa el conjunto de actividades académicas, esto es, como si dijéramos, el mundo académico. Con esta interpretación el pasaje de Lerner recobra su sentido, que en el original inglés nunca estuvo ausente.

En el mismo artículo de Lerner a que nos referimos hay otra joya de mal decir, que abochornaría a su autor si conociera a fondo el español. Co-

mo casi todos los más distinguidos intelectuales norteamericanos, que según los programas antiguos han tenido que padecer por lo menos cuatro años de latín, aunque tal vez sin pasar del "Gallia est omnis divisa in partes tres...", pueden leer el español lo suficientemente bien para entender lo más importante del sentido de una obra. Como han tenido indiscutiblemente que estudiar francés, este idioma les ilumina muchas veces el camino del español. Pero es claro que no pueden penetrar en las exquisiteces de una lengua tan rica en bellos idiotismos, que hacen de ella acaso la más vernácula de las lenguas modernas. La joya está contenida en el siguiente pasaje: "... no excluimos la neutralización de Viet-

nam como una de las provisiones de la paz". Esta frase tampoco tiene sentido. ¿Cuáles son las provisiones de la paz? El parónimo inglés que sin duda figura en el original, *provisions*, está empleado correctamente; pero no se puede traducir por *provisiones*. *Provisions*, en una de sus acepciones, significa "disposiciones", "estipulaciones", "providencias". Este descuido en la traducción de esa palabra ha hecho que entre ese error en nuestro léxico, como ha entrado también otra traducción literal del inglés: "término" como traducción de *term* que quiere decir "condición" (de un contrato o de un tratado). La costumbre del mal uso ha llegado a hacerlo comprensible en Costa Rica. Pero hay otra

expresión, traducida también literalmente del inglés, muy empleada por los profesores de la Universidad y que ni el diablo la entiende: "en términos de" (*in terms of*) de la que nosotros hemos ocupado en muchas ocasiones sin haber logrado hacer ver el disparate de esa locución. Finalmente, en el mismo artículo de Lerner se emplea la palabra "doméstico", creyendo que significa lo que en inglés *domestic*. Esta palabra se emplea en inglés con el sentido de *interno*, por oposición a *externo*, y traducirla por "doméstico" es el colmo de la anglijarla. Sentimos que ese feo anglicismo se haya incorporado definitivamente en nuestro lenguaje.

CRISTIAN RODRIGUEZ